

### I

#### Es de locos

“De médico, poeta y loco, todos tenemos un poco”, pero es probable que tengamos más de loco, porque la locura es la anarquía misma, que le da cabida a todo. Mucho de médico, porque hay una buena dosis de anarquía en la medicina. Y menos de poeta, porque ahí sí se requiere la intuición y la belleza; aunque observando lo que ahora pasa por poesía... pues ya cualquiera.

El hecho es que hoy queremos ejercitar nuestro derecho a la medicina, y específicamente a aquella rama que está más a nuestra merced, por ser la más anárquica: la siquiatria, o, digamos mejor, la “siquiatrización”.

Las teorías de Freud originaron tantas escuelas como discípulos tuvo, y según nos cuenta Koestler en **Can Psiquiatrists Be Trusted**, el diagnóstico es función de la nacionalidad del psiquiatra, ¿Quién no se ha sentido fastidiado por la propensión a “siquiatrizar” que muestran estudiosos de esa ciencia? Explican toda la conducta humana en términos de patología y hacen análisis hasta por control remoto. Los hay de Cristo, de Gengis Kan, de Akenatón, de Santa Teresa, etc.

Pero no podemos llamar charlatanería a los estudios y los hallazgos de los hombres de genio: son intentos más o menos elegantes de explicar la realidad, y hemos avanzado muchísimo desde que Ingrid Bergman y Gregory Peck nos enseñaron sicoanálisis dibujando rayas en el mantel con un tenedor. Pero la siquiatriización que Freud nos permite a los legos sólo gira alrededor de aquello y, cuando nos interesa la sociedad más bien que el individuo, el método no se presta; a menos que queramos explicar la crueldad policial o el uso de las radiopatrullas para perseguir parejillas y hacer redadas en los clubes nocturnos, donde Edipo interviene claramente.

El conductismo y la terapia de grupo son más democráticos y más adaptados a la economía de mercado, pero no se prestan para siquiatriizar, excepto tal vez cuando los emplean Masters y Johnson; donde tampoco se refieren a la patología social, que parece

ser más bien un problema de inadecuadas transacciones. Sin embargo, hace un tiempo que se habló mucho de un método que sí resulta ideal para mi propósito: El Análisis Transaccional de Erick Berne, que se puede aplicar a las personas y a la sociedad.

Según el Dr. Berne, los antropoides necesitamos reconocimiento para sobrevivir. Este empieza con las palmaditas maternas, y se transforma después en las transacciones con que estructuramos el tiempo. De otro modo no sabríamos qué hacer y nos desintegraríamos. Pero ocurre también que metemos la pata en nuestras transacciones; las volvemos enfermizas, desconectadas de la realidad, absurdas, fuentes de conflicto. Y esto sucedería porque en cada persona coexisten un Niño, un Padre y un Adulto: tres estados del ego que pueden intervenir en la transacción, aun cuando no les corresponda. Veamos:

Las transacciones son complementarias cuando regresan al estado del ego que las origina. Si el Adulto de Juan se dirige al Adulto de Pedro, y el Adulto de Pedro contesta al de Juan, la transacción es complementaria. Estas son las que se emplean en el trabajo y en la evaluación de la realidad externa.

Si el adulto de Juan se dirige al Niño de Pedro, y el Niño de Pedro le contesta al Adulto de Juan, la transacción es también complementaria, y este es el tipo que se usa en los pasatiempos.

Pero si el Adulto de Juan se dirige al Adulto de Pedro, -como cuando le pide el vuelto de su dinero-, y contesta el Niño de Pedro diciendo que él siempre pierde el dinero. O si el Adulto de Juan se dirige al de Pedro para que rectifique un error, y contesta el Padre de Pedro regañando al Niño de Juan; la transacción es cruzada, y sólo produce conflicto.

Pero no termina ahí la cosa, porque esas son transacciones simples. Existen transacciones ulteriores que envuelven más de dos estados del ego simultáneamente, y dan origen a los llamados juegos, los cuales se vuelven normas de conducta imposibles de abandonar mientras el paciente no acepta que está jugando un juego. El adulto de la esposa que se dirige ostensiblemente al del marido para compadecerlo de que gana muy poco dinero, cuando realmente se ha dirigido a su Niño. Y el Niño del marido que despilfarra lo que no tiene pretendiendo que su Adulto le está enmendando la plana al de su esposa, están involucrados en un juego patológico esclavizante,

---

\* Agrónomo, B.Sc. y M.Sc. en Agronomía Ph. D. en Entomología. Ha laborado en áreas de su especialidad en Ecuador, Honduras y El Salvador. Autor de varios trabajos profesionales y de una novela satírica “La Maroma”.

porque no lo pueden abandonar mientras no lo reconozcan.

Igual ocurre en las sociedades de admiración mutua, cuando los Adultos de dos personas se alaban sin objetividad y ambos aceptan las alabanzas mutuas que realmente provienen de sus respectivos Niños: esas personas aceptan como valioso todo lo que producen y no lo pueden mejorar: lo vemos mucho.

No vaya a creer Ud. que sólo las personas estructuran su tiempo con transacciones. También las instituciones, las sociedades. Y también ellas cruzan sus transacciones provocando conflictos, y caen enfermas jugando juegos engañosos que las esclavizan en patrones de conducta deshonestas, extravagante.

Qué hacen los oficiales olímpicos cuando regañan al ciudadano que protesta, sino cruzar la transacción Adulto-Adulto, Padre-Niño. Y cuando se fomenta oficialmente el mito de la cultura de un pueblo inculto; o cuando se presume de democracia en una sociedad que se gobierna por decreto; o cuando nos depauperamos una deuda para garantizar la democracia; o cuando se monta el fraude con la sanción y participación del Estado; o cuando practicamos el mismo deporte con seriedad mortal; o cuando se nacionalizan las empresas para protección del consumidor y luego el ente oficial desboca los precios y diviniza los servicios. Entonces practicamos quizá una transacción ulterior angular: ostensiblemente Adulto-Adulto, pero en realidad Adulto-Niño. Y cuando las facciones gobernantes se atacan la misma política económica, estamos de repente ante una transacción ulterior Dúplex: en apariencia Adulto-Adulto, pero realmente Niño-Niño.

Si el lector ha leído Análisis Transaccional, yo sugiero que me ayude a diagnosticar qué estamos jugando cuando las oficinas públicas se pasan de mano nuestra gestión, y encuentran siempre que hace falta un requisito más, después de habernos asegurado que estaban para servirnos. ¿Es eso un Juego de "Histórica indignada"? ¿Es uno de "Si, pero", que Berne habría llamado mejor "Que me coma el tigre"? o, cuando esa hipertramitividad se hace de ajuste con insolencia ¿No será más bien un juego de "Ya te agarré hijo de perra"? El mismo que juegan los doscientos cincuenta policías que nos paran por lo menos una vez por semana para ver si tenemos puesto el cincho o quemado un bombillo, y sacarnos una multa o una mordida.

Una Sociedad que llega a amarrarse con miríadas de restricciones burocráticas innecesarias y tontas, presenta un objetivo irresistible para los genetistas sociales y los biólogos, que la pueden clasificar como formada por **untermenchen**. Pero ella se puede

defender y alegar que está enferma. Está jugando el juego patológico que Berne llama "Mira lo que me hiciste hacer".

"Pata de Palo" o "Por qué me tiene que pasar siempre esto a mí" explica muy bien nuestra costumbre de romper las calles cuando las acabamos de pavimentar; y la de pintar todas las aceras de amarillo excepto los pocos tramos donde sí se puede estacionar, en vez de ahorrar la pintura haciéndolo al revés; y la de llenar todas las aceras de parquímetros para luego dejar sólo los postes; y la de poner los semáforos a media cuadra; y la de marcar cinco carriles en una calle donde apenas caben dos. "Ahora trata de cobrar", explica por qué debíamos cuatro mil millones de dólares al finalizar Monge, y cuatro mil quinientos al medianizar Arias.

Pero contribuyamos con algo para tropicalizar el método de Berne: Cuando un político escribe una tesis doctoral sobre nuestros grupos de presión, y se deja en el tintero al grupo más poderoso, que es su propio partido; y cuando un industrial propone que se despaternalice la agricultura y se importen los alimentos del dumping americano a precios de oportunidad social, el juego es "El comal le dijo a la cazuela". Y cuando un viceministro propone que su ministerio fije el precio de los frijoles si hay escasez y lo libere si hay abundancia, está jugando "La ley del embudo". Y cuando un presidente de Anfe se pasa como si nada al Gosplán, estamos jugando quizá "Hagan como yo digo, no como yo hago".

Por supuesto que no toda nuestra conducta se puede tratar con Análisis Transaccional: Algunos casos, como ya vimos, se deben encomendar a los freudianos. En otros casos el desorden es mucho más grave, y pasan a la provincia de la camisa de fuerza y el electro-shock: como cuando el Ministerio de Agricultura que vela por los intereses de los productores ticos, se financia con los fondos de PL 480, provenientes de vender aquí los alimentos del dumping norteamericano con que se subsidia a los agricultores gringos: un caso flagrante de esquizofrenia que no puede curar ni el Gatt..., pero sí los cambios en el clima del mundo y la sequía en el Corn Belt: el shock.

Por el mismo camino del maquinazo andan los que oyen voces que les dicen "Vos sos el mesías", y los que buscan petróleo donde les indica la "Certidumbre Moral".

Yo espero que no sean de la misma naturaleza los procedimientos usados para escoger el billete de la lotería nacional, los chances, los tiempos y la raspas, pues de ser así estamos todos perdidos.

El que critica a los demás también puede estar jugando; lo que Berne hubiera llamado “Yo soy más santo que tú”. Y si esto fuera así, entonces “Pega, pero escucha”.

## II

### Taxonomanía

¿Qué es Ud.? Esta no es una pregunta difícil para la mayor parte de la gente; “yo soy maestra” diría una casi pidiendo disculpas, otro con indiferencia “yo soy albañil” y uno con orgullo “yo soy ejecutivo”. Cuando no había un parque en las ruinas de la parroquia de Cartago, tenían un cuidador que tomaba su oficio muy en serio y una vez encontró a un hombre aliviándose en una de las naves. ¿Qué es Ud.? le preguntó conminatorio, y el otro en tono defensivo; “yo soy panameño”. -¿Qué panameño ni que su abuela, Ud. lo que es un burro, y ni un burro, porque un burro me respeta esos tres hilos de alambre!”. Por supuesto que es aún más fácil contestar a “Quién es Ud.”-Yo soy Juan Pérez” y en la respuesta no cabe ninguna duda. El problema del gemelo que no sabía si él era él o era su hermano es sólo un chiste. En los tiempos modernos del dios Estado, uno no es sólo Juan Pérez, aunque aún le permitan usar ese nombre; uno es el No. 4523618, o las curvillas del pellejo del dedo gordo, o la inflexión de su voz. El Estado nos clasifica con claves polítomicas que incluyen muchas otras características: de qué color es uno, cuáles son sus supersticiones y sus fanatismos, su sexo y sus aberraciones, dónde nació, qué estudió, qué hace, con quién se le permite acostarse, cuánto le falta para caer en el hoyo, si es listo o tonto, si ya lo han agarrado robando, cuáles proteínas contiene su sangre, cuánto despega del suelo, qué marcas tiene, a dónde se le puede encontrar, de qué ha logrado adueñarse y muchas otras averiguaciones entrometidas. La primera vez que yo pedí visa para ir a los Estados Unidos me preguntaron si era homosexual o prostituta, si iba a aquel país a practicar actos inmorales o a derrocar al gobierno y a cuál de varias razas, desconocida para mí, pertenecía yo. Por suerte me ayudó el secretario del cónsul, quien después de examinarme detenidamente decidió, no muy convencido, que podría pasar por caucásico; porque yo ya me había clasificado como mestizo. Pero el Estado divino (ya mismo hay que escribirlo con mayúscula) seguirá limitándonos la libertad individual, y como los hombres somos gregarios y tenemos un cerebro **wash and wear** no pasará mucho tiempo antes que digamos con orgullo; yo soy el número 4523618.

Pero en estos tiempos de fluidez económica es muy probable que Juan Pérez sea más bien el Licenciado Pérez, pues es muy raro el hombre que no se parapeta detrás de su título, y más raro aún el que no lo usa

continuamente como una armadura para esconder su falta de identidad y como pasaporte para pertenecer a algún sindicato extorsionista. Un muchacho norteamericano me preguntó una vez por qué había aquí tanta gente que se llama **Lic**.

El historiador Erwin Thompson cuenta de un seminario al que asistió donde dejaron de vivir en una cultura industrial en que el oficio de un hombre proporciona su identidad y se hizo evidente que si una persona no puede sobrevivir la sustracción de su oficio de su identidad, es porque no había nada en ella de todos modos. ¿Puede un hombre sobrevivir la sustracción de su nombre? Ahí es donde todos se abalanzan al cálido abrazo de la taxonomía, porque el mismo Thompson hubiera tenido que luchar por un puesto en aquel seminario, si se hubiera inscrito con un seudónimo desconocido. Un rey oriental viajaba de incógnito por las calles de Bagdad renunciando a la coraza de sus privilegios reales, y el presidente de una universidad norteamericana hace lo mismo, viviendo en los veranos de lo que puede conseguir sin palancas; generalmente cartero, lechero o recogedor de basura. Pero ¿cuántos de nosotros tendríamos el valor de viajar de incógnito? ¡Qué esperanza! Ya no viajamos ni en nuestro nombre sino como representantes de nuestro gobierno o de nuestra compañía, y bien munidos de cuentas de gastos, títulos y currícula. El curriculum de un señor que conozco consiste de 15 páginas impresas a renglón seguido, donde aparece hasta cuándo echó el primer diente y cuántas veces ha ido a Nicaragua y a Panamá. ¿No ha cambiado el trato cochino que le estaban dando a Ud. cuando averiguaron “quién” era, y no ha sentido Ud. la vergüenza de valer menos que su posición o clasificación? Los hippies me inspiran un sentimiento de lástima porque andan siempre tan cargados, y otro de admiración porque esos sí tienen el valor de presentarse “a puro pulso”, sabiendo que la sociedad convencional no los quiere. Tal vez me inspiran también envidia, como la humanidad genuina de El Mínimo, o la indiferencia de Diógenes ante las ofertas corruptoras del poderoso; “no me quites la luz”.

El vestido es también una forma de identificación y el hábito sí hace al monje. Yo tuve un compañero comunista en El Salvador, donde sí lo toman en serio, y una vez me lo encontré en la calle de vestido entero y corbata ¿Qué te pasa? le pregunté en son de burla: ¿estás confraternizando con el enemigo? Es que estos hijos de tal por cual no lo atienden a uno si ven que es del pueblo, me contestó refiriéndose a las oficinas de gobierno. Y tenía razón; una vez me cerraron el paso en una institución donde tenía una cita, porque le pedí el carro al chofer. A él lo dejaron entrar, pero a mí me dijeron que el motorista no. Todavía me vuelven a ver por encima del hombro cuando voy a alguna reunión donde el más humilde va enfundado en **La chemise**

**Lacoste** y agarrado de un **attache Samsonite king size**. Proponga Ud. un uniforme ridículo a los empleados de cualquier empresa y 90 de 100 lo aceptarán entusiasmados y orgullosos, porque el grupo proporciona identificación y el uniforme la remacha. Hace apenas 30 años que uno de los pueblos más cultos de Europa marchaba uniformado dando zapatazos por **Unter den Linden** y gritaban desaforados **sieg heil** al líder que les había hecho creer que eran el taxón más evolucionado de la especie! Los 800 millones de otro pueblo milenario atribuyen su historia colectiva a la correcta interpretación de nuestro señor Carlos Marx, y andan horriblemente uniformados, lo que me hace recordar la taxonomía política, en la que con sólo abrir la boca queda ahora uno clasificado de burgués, reaccionario, conservador, populista, liberal, proletario, lumpen, progresista, concientizado, alienado, reaccionario, radical, stalinista, trotskista, maoísta, gorila y otro montón de majaderías cuya sola mención da tedio. Antaño se dividían los hombres con igual ferocidad en cristianos, infieles, ortodoxos, jansenistas, hugonotes, calvinistas, anglicanos, etc., etc., etc., con criterios taxonómicos igualmente tontos, como las transformaciones del alcohol etílico, la partenogénesis humana, los bailes angélicos o el divorcio del rey.

Hay en todo esto una buena dosis de insania, lo que nos trae a colación otro grupo de taxónomos furibundos; los siquiátras, de cuyas clasificaciones no sale ningún títere con cabeza; no importa que las mismas sean contradictorias, como lo demuestra la comparación del diagnóstico de los mismos casos por siquiátras de diferentes escuelas y nacionalidades. Aunque en este campo es tiro seguro, pues de eso Todos tenemos un poco”.

La pasión clasificatoria tiene seguro su asiento en la estructura del cerebro, y la estupidez de las clasificaciones o la clasificación antagónica simultánea puede tenerlo en el hecho de que el hombre es un bicho con tres cerebros independientes, de los cuales el menos usado es la neocorteza donde tiene su asiento la razón y el que más nos domina es el hipotálamo, el más primitivo, donde tienen su asiento las emociones. No sólo usamos muy poco el mejor cerebro que tenemos, sino que lo tenemos supeditado al hipotálamo que lo usa para racionalizar las más peligrosas aberraciones; y después decimos “yo pienso”, o como se dice en Costa Rica más pomposamente “yo considero”. Algunos dicen “yo sostengo la tesis”.

Pasemos ahora al campo de los prejuicios que son clasificaciones atolondradas, basadas en características deleznable o inexistentes. Hollywood ha enseñado a varias generaciones que los blancos son buenos, valientes y bonitos, los negros tontos y

miedosos, los orientales siniestros y los latinos ridículos (olé, toro, cha cha cha, siesta). Los indios norteamericanos sólo son blancos para las cargas de caballería. La xenofobia está a la orden del día y Ud. conoce bien los casos contemporáneos: alemanes y judíos, árabes y judíos, rusos y judíos, norteamericanos negros y blancos, católicos y walones, boers y negros surafricanos, hondureños y salvadoreños. Cuando yo viví en el Ecuador no se podían ni ver los costeños y los serranos, y una vez me vi involucrado en aquel odio con menoscabo de mi sueño y mi bolsillo. Había dejado Guayaquil en el tren que sube a los Andes y me molestaba la nostalgia, agravada por el paisaje de aquel páramo deprimente antes de llegar a Riobamba, cuando vi un costeño a quien había conocido en una pensión. Era un ventrílocuo que viajaba con su amigo prestidigitador, y acepté la invitación de tomar la misma habitación del hotel para beneficio de la compañía y la economía. Cuando salí del baño había en el cuarto varios indios vendiendo tiliches y cuando se fueron faltaba mi reloj. Mis amigos culparon a los indios y sin querer me vi arrastrado a la estación del ferrocarril donde los encontramos. La confrontación tomó desde el principio un ominoso carácter xenofóbico. -Indios hijos de la gran puta, devuelvan el reloj-, Mo-nos cabro-nes, us-tes le han de ha-bir ro-ba-do pss. -Alza chucha-. -Co-ju-dos- Conchas de tu madre! y demás formas del tratamiento descortés local. De los insultos pasaron a los golpes, y de los golpes a la cárcel, donde después de llenar varios papeles timbrados en una máquina decrepita y escribiendo con dos dedos, decidieron encerrar a los monos. Pagué entonces la fianza para sacarlos, así como todos los papeles timbrados, y como ya era muy tarde y hacía mucho frío, terminamos de matar la noche en un chinamo callejero tomando drakes y canelazos. Doce campanarios me anunciaron la hora de tomar el tren.

En los países pequeños importa mucho el apellido y el lugar de nacimiento; un hombre tendrá las puertas del bienestar económico abiertas o cerradas dependiendo de que sea un noble nacido en el bajillo de Bo. Amón, o un plebeyo de Tucurrique o de Tabarcia; aunque algunos pueden pagar la cuota de incorporación. Un “quién es quién” costarricense sería muy revelador de este prejuicio, pero aquí no investigamos las cosas interesantes.

Si los hombres basamos nuestras clasificaciones en características deleznable o inexistentes, ¿cómo podríamos desperdiciar el ejercicio sadomasoquista que nos proporciona el sexo? La conducta moral sexual añade prestigio a los hombres, y desprestigia a las mujeres tanto como la conducta sexual anormal desprestigia a los hombres. Además, los hombres son valientes, decididos, hábiles, inteligentes, sinceros y leales; las mujeres todo lo contrario. Pero entre

nosotros hay otra diferencia asombrosa, pues mientras los hombres son unos conquistadores, las mujeres son virtuosas!

Se ha criticado mucho la importancia que dio Freud al sexo como fuente de los sentimientos, pero exceptuando algunas relaciones platónicas, parece que sí tenía razón; especialmente en los negocios progresan más fácilmente los tipos altos, bonitos y simpáticos; nadie quiere un vendedor muy feo o con una gran cicatriz en la cara. Tampoco lo quieren negro, ni gordo, ni pequeñito. Los grandes capitanes de la industria y el comercio se rodean de hombres chic; verdaderos figurines manicurados, pedicurados y peluqueados. Si esto no es sexo, yo no sé qué es. Lo mismo ocurre en política, donde un Nixon no tiene ningún chance frente a un Kennedy, pero como aquí está también involucrado el voto femenino, posiblemente esta sea una más clara manifestación heterosexual que la del caso anterior.

Por supuesto que hay gordos, negros y pequeños que han ascendido en las organizaciones, pero estos sí son excepcionales; en intriga, en inteligencia, o en energía, y a veces también en **sex appeal**, como Harry Belafonte y Sidney Poitier, además de Julio César, Napoleón Bonaparte, Francis Drake o Benito Mussolini. Está comprobado experimentalmente que a los hombres pequeños se les discrimina tanto que para hacerse una posición, o simplemente darse a respetar, tienen que ser muy duros. (Lo mismo les ocurre a las mujeres). Eric María Remarque dice del sargento Himmelstoss y de Kantorek en "Sin Novedad en el Frente": "Es por otro lado cómico que la infelicidad del mundo viene con tanta frecuencia de hombres de pequeña talla: son mucho más enérgicos e insoportables que las personas altas. Yo siempre me he esforzado por no formar parte de los destacamentos comandados por hombres pequeños, son casi siempre mala gente". Lo mismo dicen a menudo los que tienen por jefe a una mujer, y posiblemente tienen razón, pero no hay que engañarse, algo excepcional deben tener para superar todos los obstáculos que la discriminación pone en su camino; por eso son así. El expresidente filipino Ramón Magsaysay fue a una fiesta de téjanos quienes le preguntaron cómo se sentía un hombre tan pequeño entre gente tan alta. "Como un **dime** entre **nickels**", les contestó el chiquitín insolente.

Uno no puede garantizarle nada a nadie, pues hay cosas que nos hacen cambiar, ("**better red than dead**" decían los pacifistas de Bertrand Russell); pero yo por mi parte no tengo partido, ni ideología, ni religión, ni equipo de fútbol, ni club, ni uso títulos. De muchas agrupaciones me han sacado, de otras me he salido yo, y a otras nunca hubiera entrado. A un alumno comunista que criticaba mi eclecticismo le expliqué que

aunque no sea muy buena, yo tengo una cabeza que jamás renunciaría a examinar las cosas, y que no seré nunca ni aliado ni enemigo incondicional de nadie, mientras no me abandone el uso de la razón. Es difícil rechazar las muletas, pero ¿para qué lamentarse si uno no puede usarlas? Una vez entré a una fraternidad de líderes y sólo la iniciación me hizo perderles el respeto. Me hicieron caminar descalzo por el césped, con los ojos vendados y una vela en la mano, me condujeron a una sala donde un tico-alemán leyó unas palabras ceremoniales ("**if ze roots dry ze branches die**"), y luego el presidente me enseñó a dar la mano rascándome la palma con un dedo, mientras me decía al oído las palabras secretas ("celo profesional"), que también les susurró a todos los demás iniciados! Esas palabras cacofónicas no servían ni de mantra.

Hay que reconocer el valor catártico de algunas ceremonias y el espíritu de competencia de las agrupaciones, pero eso no les quita su carácter irracional, ni hay ningún peligro en criticarlos, porque de todos modos no vamos a cambiar; la especie se extinguirá dando zapatazos y gritando **sieg heil**.

Por algún lugar de Sonora vagan Don Juan y don Genaro, dos diablos que le enseñaron a Carlos Castañeda, cómo nuestra percepción es enseñada para mantener una determinada cultura, y cómo el hombre valiente, esforzado y escogido puede superar esa visión parcial y amañada para aprender a ver la realidad. Un día lo llevan al desierto y lo animan para que sostenga la lucha que le dará el conocimiento, pero también le advierten que después de la lucha ya no encontrará su ciudad, ni su amiga, ni su hijo. Don Genaro no ha podido aun volver a Ixtlán y los que le aparecen como sus seres queridos y sus amigos, son sólo fantasmas que quieren engañarlo. Carlos mismo es un fantasma, y el único otro ser real allí es Don Juan que también puede "ver". El conocimiento aísla más que la riqueza y el poder, no digamos ya un conocimiento tan trascendental que destruye toda identidad y nos pone en resonancia con el cosmos, donde todas nuestras categorías pierden significación.

### III

#### Humores

No puedo encontrar ninguna razón para aceptar la opinión generalizada de que la risa es una manifestación inferior al llanto. En términos evolutivos, la risa es un desarrollo posterior aunque dependiente del mismo mecanismo. Nacemos llorando, pero reímos después, aunque terminemos otra vez llorando. Reímos cuando adquirimos identidad, cuando tenemos las cosas bajo control. Compartimos el llanto con muchas otras especies de animales, pero la risa es exclusivamente humana. ¿Por qué entonces ha de ser

inferior al llanto? Me parece que hay aquí un problema de definición.

Bergson hace un análisis muy incompleto de la risa, porque insiste en creer que sólo reímos cuando un ser viviente se comporta como materia inerte, o mecánicamente, y que la risa se manifiesta como una simple reacción espontánea y egoísta de imposición personal o superioridad. Arthur Koestler comenta una idea de la psicología Gestalt sobre la bisociación de ideas que resuelve una paradoja: la reacción AHA del descubrimiento. Luego la expande hacia la bisociación que sólo expone la paradoja, y que supuestamente conduce a la risa: la reacción HA HA (ja ja) que define como maliciosa y egoísta. Después, sin mucha explicación científica, propone la reacción AH... del llanto y el éxtasis místico y artístico, que trasciende el egoísmo individual de reír solos llorando juntos, y dándole una posición central a la reacción del descubrimiento, coloca por supuesto la reacción HA HA de la risa a su izquierda, y la reacción AH... del llanto a su derecha; mejor.

Se supone entonces que uno ríe solo, porque la risa es imposición personal, (thigh slapping self assertion), aunque sabemos que es más fácil reír en grupo. Aquí es donde está la definición inadecuada que da origen a esa clasificación injusta, porque la risa no es necesariamente una manifestación egoísta de imposición personal, o de burla a los demás; ni siquiera de regocijo. Comparar toda la risa con la risotada de palmotearse los muslos, es como comparar todo el llanto con el berrido de un niño mimado. Esa es tal vez la forma más simple de la risa, o digamos más bien del humor, porque éste, como el sentimiento trágico que llega a prescindir de los gemidos, es capaz de crecer en complejidad y refinamiento hasta prescindir de la carcajada; como en el humor negro, que es una manera de ver divertidamente las cosas que de otra manera nos harían llorar. Entonces sí alcanza el humor su forma más elevada, porque hace del hombre el único animal que puede dejar de llorar.

Nietzsche escribió: 'Tal vez yo sé por qué el hombre es el único animal que ríe: sólo él sufre tan atrozmente que se vio obligado a inventarla risa'. Y Desmond Morris dice que el dicho "llorar de tanto reír" es erróneo en evolución; donde el orden fue reír de tanto llorar.

Yo siento que no hay mejor señal de madurez que el sentido del humor que se manifiesta aun en presencia de la muerte; y que denota una aceptación de la suerte inevitable, mucho más inteligente, valiente y evolucionada que el llanto. Un enfrentamiento admirable, porque entonces nos manifestamos superiores al que dispone y a sus instrumentos. Una

aceptación rebelde a que sólo tenemos recurso los humanos, y tampoco todos.

Puede ser además que los hombres pierden el sentido del humor con la edad, igual que otros mamíferos que sólo juegan cuando están jóvenes. Entonces se vuelven serios y pomposos, perfeccionando su sentido de lo trágico, pero dejando atrás el humor en la fase primitiva de palmotearse los muslos, sin que siquiera los haya alcanzado la fase en que uno aprende a reírse de sí mismo, que les podría haber impedido tomarse muy en serio. O tal vez ocurre esto de preferencia en ciertas culturas. Dicen que durante la II Guerra Mundial los nazis quisieron imitar el espíritu inglés que les permitía sobrellevar el "blitz" con bastante buen humor, y emprendieron una campaña humorística por la prensa... ¡pero explicaban los chistes! "¿Qué fue eso?" le preguntaba un vecino a otro señalando un gran agujero en la pared, "creo que fueron las ratas" le contestaba el otro. Y una nota al pie aclaraba: "No fueron las ratas, fue una bala de 80 mm".

Aunque también es cierto que el sentido del humor, como el de lo trágico, es por lo menos en parte, una convención cultural: lo que hace gracia en una cultura no es necesariamente gracioso en otra, ni por lo que se llora en una se llora en la otra; incluyendo la muerte. Además de que la risa se induce por indicación, como con la risa enlatada de las comedias de televisión; y el llanto con plañideras.

Uno de los mayores peligros a que estamos expuestos es el de tomarnos demasiado en serio, porque implica perder la objetividad, y eso es una señal de insania: César y Mussolini se referían a sí mismos en tercera persona y Mario Lanza se autodenominaba "El Tigre". Una vez me invitaron a almorzar en una finca en Nicaragua donde el anfitrión sólo se refería a su esposa como "señora de Pérez".

¿No hay una buena dosis de pomposidad en todos los acontecimientos que provocan las grandes tragedias, y no se hubieran podido evitar si tuviéramos una válvula de seguridad en la irreverencia que se complace en pinchar los balones mesiánicos? Mussolini es una figura cómica, mucha más humana que Hitler, y los italianos nunca tomaron la guerra con la seriedad de los alemanes, quienes los comprometieron.

Nuestros propios líderes se toman demasiado en serio y hacen declaraciones pomposas a propósito de cualquier tontería: "Dejo la patria en vuestras manos", le decía un presidente a su primer designado en el aeropuerto porque iba para los Estados Unidos. Revise Ud. los periódicos y verá.

Y, ¿Qué decir de nuestros artistas y literatos? “Flaubert y yo” decía el otro día por la tele un escritor local. Uno de nuestros **pundits** se retrata en una pose proud-honiana de pensador, mientras que un crítico literario y del cine dice continuamente “me interesa”, “no me interesa”, como si él fuera el único que cuenta: son pompas y merecen un buen pinchazo. En el mismo caso pueden estar los clubes de admiración mutua que se reparten los premios.

Igual propensión a la pomposidad existe en los círculos académicos. Russell cita el siguiente párrafo: “Los seres humanos están completamente exentos de moldes indeseables de conducta sólo cuando ciertos requisitos, que no se cumplen excepto en un pequeño porcentaje de casos, han coincidido a través de algún concurso fortuito de circunstancia^ favorables, ya sea congénitas o ambientales, para combinarse y producir un individuo en el cual muchos factores se desvían de la norma en una forma socialmente ventajosa”. Y ofrece este otro párrafo en cambio: “Todos los hombres son pillos, o casi todos. Los que no lo son deben haber tenido mucha suerte en su nacimiento y su crianza”. **(Portraits from Memory)**.

Las formas de tratamiento revelan mucho la pomposidad desprovista totalmente de humor. Yo firmé inadvertidamente una carta para el obispo con este tratamiento servil: “Excelentísimo y Reverendísimo Monseñor Pérez, Excelentísimo Señor”. Me dolió mucho descubrirlo, porque hay en este mundo demasiado besamanos, y porque esa forma de tratamiento es ofensiva aun para quien la recibe; equivale a alejarlo de nosotros.

Nietzsche predijo que vendrían leones rientes. Pero todavía no han llegado y ya es hora; tal vez después de ellos se logre evitar que toda autoridad se convierta en un indio repartiendo chicha. Hay un dicho que dice: “Entre más alto sube un mono, más fácil es verle el rabo”, pero sólo para los demás, desgraciadamente.

Hay otra razón para que los hombres prefieran una cara larga: ese sadomasoquismo estructural al que somos tan propensos y cuya presencia se advierte a menudo disfrazada de buenas intenciones. La medicina y la educación están llenas de ejemplos: la medicina amarga era hasta hace poco de rigor, y la anestesia se combatió con toda clase de razones absurdas porque nos privaba de contemplar el dolor ajeno que todavía vamos a ver entusiasmados a la plaza de toros, al ring de boxeo, los gallos, y las páginas de sucesos.

En la educación se sostuvo por muchos años que “la letra con sangre entra” y la flagelación era hasta hace poco indispensable para corregir a los niños. Aun hoyen día es vengativa la justicia, como quiera que se aplica, por castigo, aun a sabiendas de que no tendrá ningún efecto reformativo; es una versión sofisticada de la ley del Taitón. Pero la crueldad con que los humanos nos tratamos se ve todos los días en las noticias, hasta el extremo de que en inglés dicen “no news is good news”, no tener noticias es buena noticia.

Existe también ese pesimismo melancólico que en todo ve motivos de alarma y de tristeza; como dice un librito titulado “Como mentir con Estadísticas”: “Las cifras prueban que siempre hay una razón para llorar, ya sea el costo de la vida, el delito, o la población de China. Más y más personas mueren cada día. Es la tendencia”.

En literatura se considera la tragedia superior a la comedia. Es catártica, igual que los purgantes periódicos de sospechoso mal sabor que nos hacían tragar hace poco, cuando también nos molían a palos, porque “los golpes forjan”. Es cierto que la tragedia y la comedia son diferentes, pero todavía no puedo comprender por qué es la tragedia superior, e insisto en que esta clasificación es una cuestión de gustos, o de humores. ¿En qué desmerece el genio de Chaucer, Boceado, Rabelais, Voltaire, Quevedo, Cervantes, Mark Twain, Shaw, o Vonnegut? ¿En que son traviesos?